

CAPITULO XLIX

UN AÑO DESPUES.

ERA el mes de Julio de 1868. Bien, bien, bien, la tarde estaba muy calurosa y la brisa era tan suave que apenas movía las copas de los árboles en el tívoli de San Cosme.

El pabellón de las nupcias estaba primorosamente tapizado con rosas blancas. Del centro pendía un gran bouquet de rosales, lirios y gardenias y la mesa también estaba cubierta de flores, ya en ramos puestas sobre jarrones, ya en canastillas y cojines; pero todas eran blancas, muy blancas y muy frescas.

La mesa estaba servida como para veinte cubiertos.

Los primeros que llegaron fueron los músicos acompañados del periodista Sebastián Pérez. Este después de reconocer la localidad, dijo al jefe de la pequeña orquesta de nueve profesores:

—Ustedes aquí detrás del pabellón de manera que nadie los vea al tiempo que rompan á tocar la primera pieza que ha de ser una marcha triunfal.

—¿La marcha de Zaragoza?

—Si, está buena la marcha de Zaragoza ó la de Henri Herz.

Entró Mr. Porras, que aunque francés, no quiso hacerse de delito emigrando ó quizás ya había vuelto de su escondite si acaso se había escondido á la entrada del gobierno de Juárez, el caso es que allí estaba ahora en su tívoli.

—Maestro, le dijo Pérez, el adorno del pabellón está muy bueno; pero yo quisiera unos bouquets más grandes y más bonitos allí junto al lugar que deben ocupar los novios.

—Están terminándolos y van á ponerlos.

—Bien, bien: la sopa lista luego que se pida porque ya veo allí que llegan los novios con muchos convidados.

Efectivamente, se dejaron ver por lo ancho de la calzada cinco carruajes, de los qué todavía el que venía por delante y parecía particular, traía algunos azahares.

Al primero que se vió bajar del coche engalanado fué al coronel Cisneros: éste dió la mano á su sobrina Aurora y á doña Enriqueta la madre política de esta, para que bajaran.

—¡Bendito sea Dios que hemos llegado! exclamó la buena señora, ya me ahogaba en el coche.

En seguida se apearon del segundo carruaje Ernesto Domínguez, Doña Asunción Rivadeneira de Cisneros, Leonor Jiménez y Ramón Díaz.

Del tercer carruaje se bajaron el boticario Torres su mujer doña Zenona y el Dr. Gutiérrez.

Del cuarto carruaje se bajaron el Lic. Camacho,

Doña Luisa su mujer y Julia la segunda prima de Aurora.

Del quinto carruaje se apearon dos caballeros elegantes con sus respectivas esposas jóvenes y hermosas, parientes cercanas del novio, á quienes había invitado la señora doña Enriqueta viuda de Domínguez.

Todavía no acababan de reunirse en la puerta del pabellón recibidos por Pérez, cuando se presentó pie á tierra Genero Lacroix, antiguo chambelán y salvado por su familia que lo sacó á tiempo del servicio del imperio y lo mandó á estudiar á los Estados-Unidos.

Por todas estaban allí con el periodista Pérez diez y nueve personas: faltaba pues una persona para el completo de los 20 cubiertos que estaban colocados en el pabellón de las nupcias.

—Temo que no pueda venir nuestro capitán Morales, dijo Ernesto tomando del brazo á su amigo Ramón Díaz.

—¿Por qué?

—Porque anoche apenas llegó con su cuerpo.

—El vendrá: tratándose de tí, chico, aunque tuviera que hacer un pronunciamiento no dejaría de venir. Casualmente viene entrando ahora un simon.

—El debe venir en él. . . ¡que gusto me da ver á ustedes conmigo en estas circunstancias!

En efecto llegó el capitán Morales con sombrero alto y vestido negro de la última moda.

—Hombre, tan guapo ya y apenas llegaste anoche. ¡Chist! me vesti en los empeños. . . no lo digan á nadie.

Esto le dijo Morales al oído á sus dos amigos.

Saludó á todos y como Pérez fungía de maestro de ceremonias ordenó que los novios entraran en el pabellon á la cabeza de todos cojidos de las manos.

Como estaba dispuesto, al penetrar la camitiva, la música tocó una ruidosa marcha triunfal que duró mientras cada cual fué ocupando su asiento.

En seguida Pérez sonó fuertemente las manos y gritó:

—Mr. Porras, la sopa.

Naturalmente, mientras llegaba la sopa se sirvió á los concurrentes un aperitivo.

Ahora vamos á referir con toda brevedad lo que había pasado en el año trascurrido durante la toma de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano.

Los traidores que defendían la plaza de México todavía se siguieron sosteniendo por varias semanas, aunque sin esperanza la mas mínima de recibir auxilio de ninguna parte.

Como el general Ramón Méndez había sido fusilado en Querétaro por no presentarse á la autoridad, en el término que señaló, de la misma manera los generales O'Horan y Vidaurri que se habían escondido en México fueron encontrados y fusilados después de la rendición de la plaza.

Fué la única sangre que corrió ya consumada la victoria de los republicanos. Casi todos los prisioneros fueron perdonados, pues el castigo que se impuso á los principales culpables fué irrisorio consistiendo en prisiones de poco tiempo y confinamientos.

Más duro castigo recibieron los jefes y oficiales que combatieron en contra del imperio con toda constancia y decisión, pues á éstos se les dijo que ya

no podía mantenerseles y se les mandó á sus casas sin pagárseles siquiera sus alcances.

La nación por medio del gobierno se mostró sumamente ingrata con una gran parte de sus hijos que habían abandonado padres, mujeres, hijos, hogares y cuanto tenían para ir á exponer su vida no solo en los combates sino en los patibulos que levantaban por todas partes la ley de 3 de Octubre y las horribles cortes marciales instituidas por los franceses.

Al capitular la plaza de México, el general Márquez que había sido traidor á Maximiliano y á su patria, se ocultó y logró escaparse sano y salvo yéndose para el extranjero. ¡Ironía de la suerte! Ese hombre que era quizás el único que merecía entre todos la pena de muerte y una pena más afrentosa y más cruel en caso de que hubiera sido posible aplicársela, ese fué el que se salvó y siguió arrastrando una vida por muchos años, quizás llena de remordimientos. Al trazarse estas líneas vive aún, para oprobio de la humanidad.

De ese general Márquez decía Maximiliano, según refiere el Dr. Basch: «Si me entregaran á Miguel López y á Leonardo Márquez para que hiciera con ellos lo que quisiera, al primero que fué un traidor por cobardía lo dejaría libre; pero ahorcaría al segundo porque es un traidor por cálculo y con circunstancias atroces.»

Llegó Juárez á México después de haber paseado por todo el país el pendón republicano, y no obstante que le había arrebatado á González Ortega sus derechos, su tranquilidad y su salud (con la aprobación

de la mayoría de los que empuñábamos las armas, eso sí), al encontrarse ya en el palacio nacional expidió una proclama que contenía estas notables palabras:

«El respeto al derecho ajeno es la paz.»

Y á poco andar expidió una convocatoria que establecía el veto, investía á los clérigos de facultades electorales y atacaba los fueros de la democracia, causando nuevos conflictos á la nación á raíz de los que acababa de sufrir.

Insensiblemente nos hemos lanzado á la política, sin ser ese el objeto de esta relación, sino el de fotografiar los principales sucesos de aquella época aciaga con un ropaje á la simple vista del lector, presentándole los cuadros sencillos de la historia; de manera que abandonaremos de una vez el terreno resbaladizo en que nos hemos metido, para concluir refiriendo algo relativo á nuestros personajes novelescos, lo que nos lo dirán ellos mismos.

El principio del banquete de boda no tuvo nada de particular. Todos tenían apetito y se dedicaron á comer silenciosamente, de manera que durante una hora solo se oyeron los golpes de los cubiertos sobre los platos; pero luego que se quedaron un poco satisfechos los comensales, cuando bebieron los primeros vasos de vino, la expansión se hizo general; de todos lados se oían decir agudezas y retruécanos, estallando las risas y la algazara.

Entonces aprovechó el momento el Capitán Morales para dirigirse á Ernesto Domínguez.

—Cuéntame cómo ha estado esto, le dijo.

—Pues ni he tenido tiempo de escribirte, le contestó Ernesto, porque luego que llegué á México pedí

mi licencia absoluta para dedicarme á concluir mi carrera de abogado.

—¿De modo que ya no eres coronel?

—No, fuí soldado de ocasión, cumplí con mi deber de patriota y volví á seguir con mis inclinaciones que son las del foro y la literatura.

—¿Y te recibiste?

—Sí, hace quince días me dieron el título.

—Bueno y tu novia, ¿no estaba en Miramar?

—Verás. Cuando yo llegué con mi cuerpo, nos situaron en Tacubaya y al día siguiente lo primero que ví fué á Aurora saliendo de la iglesia acompañada de mi madre.

—¿Cómo estuvo eso?

—Muy sencillamente. Aurora se vino de Europa con una familia de allá. Ya te contará ella misma las peripecias. Al desembarcar en Veracruz supieron que la ciudad estaba sitiada y pensaron muchos de los pasajeros que venían en el vapor alemán regresar en el mismo, supuesto que ya no podían llegar á la capital en donde tenían sus negocios. Por fortuna, llegó la noticia de que habían caído prisioneros Maximiliano y sus generales en Querétaro y ya consideraron que la revolución estaba terminada. En consecuencia casi todos siguieron su viaje; pero se encontraron con que los defensores de México presentaban una tenaz resistencia. Aurora se encontró desde luego en situación más crítica que nadie: su familia estaba dentro de la plaza y no había medio de comunicarse con ella para avisarla que ya había llegado: nadie tampoco salió á recibirla sin embargo de que avisó ella su salida de Europa.

Entonces recordó que yo le había contado en nuestras conversaciones que mi familia poseía una finca en Tacubaya y la buscó en el acto, dándose á conocer á mamá que la recibió con los brazos abiertos, pues demasiado sabía esta que la mujer adorada de mi corazón era la que solicitaba su hospitalidad y su cariño.

Tenía Aurora tres días de encontrarse en casa cuando tuvo lugar nuestro feliz encuentro. ¡Qué escena aquella, mi querido capitán Morales! ¡Qué sorpresa para ella, que sorpresa para mi y que enorme gusto para mi viejecita, que no cesaba de abrazarnos á ambos!

—¿Pero que haces aquí? le preguntaba yo á Aurora sin saber ni lo que le preguntaba.

—¿De dónde sales? me decía ella á su vez.

—Vamos á casa, vamos á casa, dijo mamá, porque aquí estamos en la calle.

Y andando, andando, nos referimos como era que nos encontrábamos á la vez en Tacubaya y como de seguro ya no volveríamos á separarnos, pues que después del sitio me proponía asegurar la situación de Aurora, de manera que ya no volviera á correr riesgo alguno al lado de sus desnaturalizados tíos.

Las cosas pasaron de otra manera.

Luego que ocuparon México, Doña Asunción y Don Tirso supieron que Aurora estaba en Tacubaya, corrieron á echarse á sus pies pidiéndole perdón arrepentidísimos de sus muchas culpas y por fin nos ablandaron á todos y convenimos en que Aurora volviese á su casa con la condición de que la habían de respetar, la habían de querer y le habían de dejar

amplia libertad para que nosotros ejerciéramos sobre ella la suficiente vigilancia.

En efecto, Aurora no volvió á tener queja de sus tíos. No solo, tan luego como se trató del matrimonio, Don Tirso presentó cuentas de la tutela que había ejercido desde que Aurora quedó huérfana y esas cuentas están correctas. Ahora el coronel es el que se ha empeñado en esta comida de boda: nosotros habríamos deseado irnos á pasar unos quince días á Jalapa.

—En suma, eres feliz.

—Ahora por lo menos, puesto que estoy unido á la mujer que amo y me encuentro rodeado de mis más queridos amigos.

Ya se les había dejado charlar lo suficiente, sin que fueran interrumpidos por los brándis, pues se había destapado la primer botella de champagne.

El primero que brindó fué el periodista Pérez, que ahora ya no era periodista sino empleado en la Secretaría de Relaciones con opción á ser ministro plenipotenciario en la China ó en cualquiera otra gran nación con el trascurso de los años, y brindó por el placer que manifestaban todos los presentes de encontrarse reunidos después de cinco años de vicisitudes más ó menos peligrosas, de las que habían salido con bien. Hizo referencia á las tertulias que celebraban antes en que siempre se disfrutaba de buena compañía y concluyó haciendo votos por la felicidad de los desposados.

El coronel brindó por sus sobrinos y por sus ahijados deseando que tuvieran una prole que los honrara.

El Lie. Camacho pronunció un excelente discurso que fué muy aplaudido.

El Dr. Gutiérrez estuvo circunspecto.

Y por fin la boticaria pidió que siendo todos los antiguos contertulianos y encontrándose en la mejor armonía, no había motivo para que no siguieran reuniéndose y proponía una velada en la casa del coronel la noche del 1º de Agosto próximo día en que se le tomaría el dicho á la Señorita Leonor para desposarse con Pérez.

Ya se deja suponer que los aplausos fueron atronadores.

—¿Y por qué no brinda el ex-chambelan? dijo imprudentemente D^a Asunción.

—Porque estaba esperando que brindara antes la ex-dama de honor.

Todas aplaudieron la salida del ex-chambelán el cual empuñó su copa y dijo:

—En nombre mío, en nombre de D^a Asunción y en nombre de cuantos fueron incautamente partidarios de un imperio exótico y de una intervención extranjera invasora, yo brindo porque no volvamos á pensar en tal disparate. Bastante daños nos hemos hecho nosotros mismos para consentir en que vengan otros á acabar de despedazarnos.

Se aplaudió, pero el coronel tuvo que aclarar que él nunca fué intervencionista, que sirvió poco tiempo al imperio por compromiso y que estando aun fuerte y jóven se rehusó á empuñar las armas contra los mexicanos por más que fueran los liberales sostenedores de Juárez y enemigos de la iglesia y del venerable clero.

Por fin Ramón Díaz refirió á grandes rasgos los padecimientos que había sufrido en la campaña, haciendo votos porque la patria no volviera á estar en peligro. Refiriéndose luego á la fiesta doméstica en que dichosamente se encontraba, recordó cuanto sufría Ernesto pensando en Aurora y como temía no volver á verla. Que sean felices Ernesto y Aurora, así como deseo que lo sean Leonor y Pérez en su próximo enlace.

Ernesto dio las gracias á todos por sus frases cariñosas, y así como había entrado al pabellón de las nupcias dando el brazo á Aurora á la cabeza de la comitiva, así se dirigió á uno de los boliches, con toda la gente yendo detrás la música.

Y ahora no queda otra cosa que hacer: el autor pide á sus siempre benévolos lectores la indulgencia acostumbrada hacia las faltas de lenguaje, de fechas, de lugares y otras que involuntariamente haya cometido. Así lo hace con toda humildad y

FINIS.

INDICE

CAPITULOS	PAGINAS
Introducción	3
I.—Miramar	7
II.—Arrangoiz	13
III.—Los preparativos	20
IV.—La situación	26
V.—Comentarios	32
VI.—El 5 de Mayo	41
VII.—El segundo acto de la comedia	62
VIII.—Coloquio íntimo	72
IX.—Almonte	79
X.—Se descorre el telón	88
XI.—Continua la brega imperial	105
XII.—Un matrimonio feliz	116
XIII.—Ernesto Domínguez	127
XIV.—29 de Mayo.—12 de Junio de 1864	142
XVI.—Los contertulianos	159
XVII.—Las primeras nubecillas negras	168
XVIII.—Los deportados á Francia	178